

cabo tendremos que abandonar á *Tetuán*, con indemnización ó sin ella, y peligrosísima, porque, si el viento nos es contrario, nos hallaremos dentro de tres días sin base de operaciones enfrente de los muros de *Tánger*, ó sea sin el apoyo de nuestra Escuadra, é incomunicados con *Tetuán*.

Por lo demás, acabamos de saber que el enemigo no ha perdido el tiempo, y que en el *Fondak* nos aguardan cincuenta mil Moros, perfectamente atrincherados al abrigo de formidables montañas...—¡Magnífica tempestad nos espera!

¡Figuraos ahora la animación que reinará en *Tetuán*!—Ya no se trata de caminar con la Escuadra á la vista, recibiendo de ella todo género de socorros, sino de vivir de nuestros propios recursos. Nos proveemos, pues, todos de infinidad de raciones; cómpranse caballos, asnos, mulas y camellos á forasteros y Judíos; cargamos hasta con muebles; mejoramos la condición de nuestras camas de campaña; *Chorby*, el inimitable *Chorby*, nos regala á sus amigos los mejores cojines, las mejores mantas de su harén, todas las naranjas de su despensa, y hasta sus utensilios de cocina... ¡Ahora sí que será nuestro Ejército una ciudad ambulante!

Yo doy un adiós del alma á *Tetuán*... Ya no volveré nunca á él.—Nuestro regreso á España será por el Océano.—¡Y esto..., para el que regrese!

Pero hoy no se piensa en tales cosas...—Hoy no se ve en nadie aquel solemne recogimiento que precedió á la batalla de *Tetuán*. Hoy no se escriben tiernas cartas de despedida, ni se piensa en la familia ni en la Patria. ¡Domínanos, por el contrario, aquel bárbaro olvido de todas las cosas que se experimenta en el momento mismo del combate! ¡Es la desesperación! ¡Es la fiebre! ¡Es el remordimiento de haber acariciado ideas de paz! ¡Es el miedo de

que alguien haya podido imaginarse que todo cuanto hemos pensado y dicho en favor de la terminación de la Guerra era hijo del cansancio..., ó de otra cosa peor.

¡Oh! Sí: la ira que enciende hoy á nuestro Ejército es ciega, irreflexiva, vertiginosa, como la de una fiera encolerizada. ¡Verdaderas maravillas espero de unas tropas dispuestas de este modo! El primer encuentro ha de ser terrible, feroz, encarnizado...—¡Concluyamos de una vez!, parecen decir todos, según el aire con que se preparan á la batalla...

Y dicen perfectísimamente...—¡Concluyamos de una vez!

XIX

De cómo cambié de idea y salí para España.

Día 22 de Marzo.

Dentro de dos horas habré abandonado á *Tetuán*; pero no con dirección á *Tánger*, sino con dirección á Madrid.

He pedido licencia temporal al General en Jefe, y me la ha concedido.

La razón que me asiste para obrar así (espontánea y libremente como lo hago) es la misma que me trajo á la Guerra, también voluntariamente:—*el amor á mi Patria*.

Entonces creí que su interés, su gloria, su prosperidad estaban en esta tierra, y vine á añadir mi pobre grano de arena á la obra de nuestra regeneración; y luché y padecí sin quejarme; y sufrí, no digo resignado, sino contento, todo género de trabajos y privaciones, porque los sufría por la Patria; y canté á mi modo la Guerra; y procuré, en fin, inflamar más y más, si esto hu-

biera sido posible, el entusiasmo del pueblo y del Ejército.

Hoy creo, ó, por mejor decir, llevo mes y medio de creer, que nuestra misión en Africa está cumplida por ahora; que la continuación de esta Guerra no tiene objeto; que será una calamidad para España, cuyo espíritu público anda extrañado; que los periódicos de la corte, dueños absolutos de la opinión nacional, abusan de ella para empujar nuestro Ejército hacia un abismo, movidos por el error, por la ignorancia, por un patriotismo mal entendido ó por miserables pasiones, por ruines envidias, por maquiavélicos propósitos. Hoy creo, en una palabra, que la cuestión de paz ó guerra, que el interés de la Nación, que la gloria del Ejército, que los destinos de España, no se ventilan ya aquí, sino allí; no dependen del valor de nuestras tropas, sino de la prudencia del Gobierno español y de la ilustración y patriotismo de los periodistas... Por consiguiente, la Patria está en Madrid; sus enemigos (muchos de ellos sin sospechar que lo son) se encuentran en su seno, y allí es donde amenazan ahora riesgos á la santa madre que vinimos á defender en esta tierra.

Corro, pues, á aquel nuevo campo de batalla.

Sin que se me tache de soberbio, puedo creer que no será desoída mi voz leal y franca cuando proclame en los periódicos verdades que allí se desconocen. — En primer lugar, esas verdades brillarán por sí solas, á pesar de la insignificancia del que las diga, y lograrán alumbrar todas las conciencias que merezcan este nombre. Y, por otra parte, yo creo que la opinión del que todo lo ha visto y oído será tenida en algo; que el grito de *paz*, lanzado por quien tanto y hace tan largo tiempo deseó la *guerra*, será atendido; que, cuando menos, lograré colocar la cuestión en su verdadero punto de vista; que, ya que no

otra cosa, conseguiré desvanecer errores en materia de hechos, y que, siquiera los papeles públicos que se dicen afectos al grande hombre que concibió y ha capitaneado la Guerra de Africa, modificarán sus juicios, no bien entiendan que los fundan en supuestos falsos.

Y, si nada de esto logro, siempre habré cumplido con un deber; siempre me habré hallado en mi puesto; siempre habrá tenido un eco en España la opinión (fuerza es repetirlo) *de todo el Ejército de Africa*: la opinión de cuarenta mil Españoles. ¡Generales, jefes, oficiales y soldados, hombres de todos los partidos, de diverso carácter y de vario entendimiento, que convienen en considerar un absurdo la continuación de la Guerra, y, sobre todo, el que se la quiera convertir, de guerra de desagravio, en guerra de conquista!

Trabajo me cuesta, sin embargo (lo juro por mi honor), separarme del Ejército la víspera de una batalla casi segura.—Yo no soy... egoísta, y esto pudiera tacharse de egoísmo...—Pero he pensado que debo á mi Patria el sacrificio de semejantes escrúpulos y sufrir por ella todo linaje de mortificaciones...—Por lo demás, un soldado más ó menos: su brazo, su sangre, su vida, de nada pueden influir en los futuros combates que aquí se libren, mientras que ese soldado, en los combates de la prensa madrileña, puede ser hoy de alguna utilidad al Ejército de Africa...—Cuando España necesitaba la Guerra, puse mi pluma y mi vida al servicio de la Guerra; hoy, que necesita la paz, pongo al servicio de la paz mi pluma... y también mi vida.—En cuanto á aplausos, ¡me basta el de mi conciencia!

Agréguese á esto que no soy el único que toma hoy tan grave determinación...—Los corresponsales de *La Epoca* y de *La Iberia*, D. Carlos Navarro y Rodrigo y D. Gaspar Núñez de Arce,

han oído mis razones; se han penetrado de su bondad; han reconocido que ellos también pueden ser más útiles á sus periódicos y á la Patria yendo á Madrid á desvanecer lamentables errores, que siguiendo al Ejército para hacer la crónica de estériles batallas; y han resuelto volverse conmigo á España, teniendo en más los intereses de la Nación que los suyos particulares, y arrojando generosamente el desagrado de las empresas y de los partidos que aquí representan, á trueque de prestar un gran servicio á la justicia, á la verdad y á las mismas personas que acaso reprueben su conducta.

Firmes en nuestro propósito, nos hemos presentado hoy al General en Jefe á pedirle los pasaportes, á más de las *licencias* que necesitamos Navarro y yo: él por su posición administrativa en el Ejército (como Jefe de la imprenta de campaña), y yo por mi carácter de soldado.—Naturalmente, el Duque de Tetuán se ha sorprendido de nuestra marcha; pero cuando le hemos expuesto la idea que nos lleva á Madrid, ha guardado silencio, como quien aprueba y no autoriza.

Yo no dudo de que en el fondo de su alma aplaude nuestra determinación; pero consideraciones fáciles de adivinar le obligaban á no intervenir en ella ni sancionarla.—Mandó, pues, como única respuesta, que se nos diesen las licencias y los pasaportes; que se nos escoltara hasta la mar, y que se nos admita á bordo del primer buque que salga para España.

Al despedirnos de él, sus últimas palabras han sido éstas:

—Digan ustedes allá que, si me pierdo, me busquen en el Desierto de Sahara.

¡Cuán solemne ironía! ¡Qué protesta! ¡Qué censura al Gobierno de Madrid!

.....

Por mi parte, aunque no renuncio á volver, si mi voz es desoída en España y la Guerra continúa, presiento que este caso no llegará...—Despídome, pues, con el alma de estos lugares, que representarán eternamente los momentos más grandes y las emociones más sublimes de mi vida, y doy un adiós del corazón á nuestro bravo Ejército, en cuyo seno he aprendido á admirar á la Patria y á esperar en ella...—El frío de la muerte circula por mis venas cuando medito en que mañana á estas horas muchos de los que acaban de estrecharme la mano habrán dejado de existir!... ¡Adiós, adiós á todos!

¡Adiós á los que dejo ya sepultados en estos montes y llanuras! ¡Adiós á nuestra adorada bandera! ¡Adiós á mi vetusta espada de Toledo, á mi noble caballo, á mi hospitalaria tienda!—¡Y gracias mil á ese Dios que ha velado por mi vida y me permite volver en busca de España!—¡Nunca me atreví á esperarlo!

XX

Actitud de nuestra Escuadra.—El general Bustillo.—*Tánger* á lo lejos.—Llego á España.—Relación de la batalla de Gualdrás.—Bases de la paz.—Conclusión.

A bordo del *Tharsis*.—22 de Marzo, á las diez de la noche.

A las seis de la tarde (cerca ya del obscurecer) abandoné la tierra de Africa...

En aquel momento empezaban á verse las vestimentas hogueras del Campamento de *Tetuán*...

Mis ojos se llenaron de lágrimas..., y deseé volver en busca del Ejército; pasar con él esta solemne noche; acompañarlo mañana, y morir en la próxima lucha bajo la Bandera española...

—¿Adónde voy? (me dije lleno de remordimientos). Al mundo de la política, ¡á hablar de

Patria! ; A proponer á un pueblo poeta que trueque lo bello por lo conveniente!—; Locura! ; Locura!... ; No bien abandono la patriótica atmósfera del Campamento, penetra en mi corazón la desconfianza!—; Quién me oirá? ; Quién me creará en Madrid?

.....
 Por fortuna, antes de venir á bordo de este vapor (que ha de conducirnos á Cádiz) hemos estado una hora en la fragata *Princesa de Asturias*, de la insignia del general Bustillo...

; Allí se ha fortalecido nuestra fe!—Todos los comandantes de los buques surtos en la rada se hallaban en la cámara del General... Hemos hablado largamente de la cuestión de la paz y de la guerra, y todos, sin excepción de uno solo, han opinado como el Ejército de tierra... ; Oh, la verdad cundirá y llegará á lucir á los ojos de toda España!

Sin embargo de pensar así, la Marina, como el Ejército, se prepara para el ataque de *Tánger*.—Sólo que la Marina no dice, como el Ejército: *¡Triunfaremos en la lucha!*, sino esta otra frase, mucho más sublime: *¡Pereceremos en la demanda!*

Y es que nuestra Escuadra no basta á sostener el fuego de las magníficas fortificaciones de Tánger, cuajadas de baterías...—Conócenlo así nuestros Marineros, y por eso nos decían hace poco:

—Nosotros calculamos perder la mitad de la gente y dos terceras partes de los barcos dentro de aquella bahía..., pero será *muy adentro*... ; Y uno solo de nosotros que quede con vida penetrará en Tánger con la bandera española en la mano!—El honor de la Marina consiste hoy en *perecer*... ; Sólo así podrá *resucitar*!

Estas palabras del general Bustillo me han recordado aquellas otras de O'Donnell: "Si me

pierdo, digan ustedes que me busquen en el Desierto de Sahara."

; Oh! ; España ha vuelto á ser España! ; La raza de Hernán Cortés y de Gravina reaparece sobre la escena!

Quiere esto decir que siempre tendremos grandes capitanes...—; Así nos diera Dios grandes políticos!

Día 23 de Marzo.

Está amaneciendo.

El *Tharsis* atraviesa en este momento el Estrecho de Gibraltar.

A la dudosa luz del crepúsculo distinguimos allá, sobre la costa que se dilata á la izquierda, una blanca ciudad dormida, mal envuelta en leve sudario de bruma...

; Es *Tánger*!

Ya habrá resonado el toque de diana desde *Fuerte-Martín* al *Valle de Samsa*, y todos nuestros Campamentos se hallarán por tierra, y la vanguardia del Ejército habrá empezado á moverse con dirección á esta ciudad maldita...

; Cuánta sangre nos va á costar!... Pero ; á cuánto precio han de pagarla los Marroquíes!...

.....
 Salimos del Estrecho al Océano Atlántico.

He aquí el Sol..., ¡el Sol de los combates!—Ya tronará el cañón en el *Valle de Buceja*... Ya habrá principiado la batalla...

Nada se oye... Nada veo...—El litoral de Africa se pierde entre la niebla.—; Allá están solos, entregados á Dios y á su denuedo, luchando por la Patria, aquellos heroicos hermanos míos que tanto he llegado á querer!...—Ya correrá su sangre generosa... ; Ya no existirán muchos de ellos!

.....

¡ESPAÑA! ¡ESPAÑA!—¡Me parece un sueño el estar viendo sus bellas y azuladas costas!...

He allí *Cádiz*, anclada en medio de su bahía como un navío de plata...—He allí los campanarios, coronados por la sagrada Cruz...

Entro en Europa... Llego á mi Patria... Vuelvo al seno de la Cristiandad...—¡Gracias, Dios mío!

ESPAÑA, Cádiz, á las nueve de la mañana.

¿Por qué no late alborozado mi corazón, si ya siento bajo mis plantas el suelo patrio? ¿Por qué no lloro de dicha y gratitud? ¿Por qué no sigo bendiciendo al cielo? ¿Por qué me parece muda y solitaria la tierra española?

¿Es que la Patria no está aquí! ¿Es que me la he dejado en Africa, comprometida en mortal contienda! ¿Es que mi alma y mi vida se han quedado allí, atentas al resultado de la batalla! ¿Es que no tengo imaginación, ni memoria, ni ternura, ni cariño, sino para aquella mi heroica y atribulada familia, á quien he abandonado en trance tan supremo! ¿Es que me parece oír los gritos de mis amigos que me llaman! ¿Es que se me representa el desfiladero del *Fondak*!... ¿Es que veo hundirse nuestra Escuadra en las aguas de *Tánger*!... ¿Es que miro el Océano alborotado y á nuestras vencedoras huestes que llegan á la *Bahía de Jercnías* fatigadas y hambrientas!...—Sopla el Poniente... ¿Ni un solo barco nuestro los espera allí!...—¿Quién los socorrerá en su desamparo? ¿Qué harán de sus heridos y de sus enfermos? ¿Cómo se procurarán víveres y municiones?

Ya los separan de *Tetuán* ocho leguas sembradas de cadáveres... ¿Han forzado la línea enemiga; han triunfado una vez más; se ven enfrente de *Tánger*...—Pero están desarmados y despro-

vistos de todo...—¡Los elementos, que hace días acechaban la ocasión de aniquilarlos, les presentan furiosa batalla en aquella soledad salvaje... ¡Oh, qué horror!—El heroísmo, la fortuna y la victoria, todo ha sido inútil...—¡Apartemos la vista de tan espantoso cuadro!

Al través de tal melancolía considera hoy mi imaginación todas las cosas.—¿Cómo alegrarme de haber llegado al imperio de la paz? ¿Cómo no sentir remordimientos y vergüenza de poder ya disfrutar tanta calma, tanto regalo, tan completa dicha material?...

¡Repitámoslo! ¡La Patria no está aquí! ¡La Patria está en Africa!

Sevilla, 24 de Marzo.

¿Y, sin embargo, cuán otra, cuán diferente de como la dejé; cuán sublime es la España que hallo á mi vuelta!—¿Qué actitud tan noble la de los inocentes pueblos! ¿Qué generosidad, qué interés, qué ternura demuestran hacia aquellos valientes, de quienes nada saben hace dos días!—
¡Oh! Esta no es la España de los partidos...—
¡Esta es la Patria purificada por la gloria!—
¡Tengamos esperanza! ¡El Ejército no será inmolado en aras de la política!—¡Sigamos corriendo hacia Madrid!

Córdoba, 24, por la tarde.

¡Oh, suprema angustia, en medio de los regocijos del triunfo!

En alas de la electricidad acaba de pasar por aquí la noticia...

El día 23 de Marzo, ayer..., á las pocas horas de abandonar nosotros el Ejército, principió la gran batalla que se esperaba...

¡Bendigamos á Dios!... ¡Hemos vencido!—
Pero ¿á cuánta costa, y para qué?

He aquí el texto del parte oficial:

"El General en Jefe del Ejército de Africa al Excmo. Sr. Ministro interino de la Guerra:

"Campamento del *Valle de Gualdrás*, 23 de Marzo de 1860, á las cinco de la tarde.

"Batalla y victoria completa.

"El enemigo, fuertemente situado en posiciones de difícil acceso, nos esperaba á una legua de Tetuán. Con gran empeño ha tratado de estorbar el movimiento del Ejército.

"Desalojado sucesivamente de todas las posiciones, y arrojado en el valle, en donde se presentó también en fuerzas considerables, ha tenido que levantar su Campamento á toda prisa para que no cayese en poder nuestro.

"En este instante se encuentra fuera del alcance de la vista de las tropas de S. M.

"Todos los Generales y tropas han rivalizado en denuedo y bizarría."

Este parte se ha completado con otro recibido en *Córdoba* pocas horas después:

"El General en Jefe del Ejército de Africa al Excmo. Sr. Ministro interino de la Guerra:

"Campamento de *Gualdrás*, 24 de Marzo de 1860.

"Me he detenido hoy en este punto para desembarazarme de los heridos y enfermos, y para reponer las municiones gastadas ayer. Aun no puedo fijar la cifra exacta de nuestras pérdidas; pero las calculo de cuarenta á cincuenta muertos y seiscientos heridos. Las del enemigo han sido considerables, porque ha defendido tenazmente, y á pecho descubierto, sus fuertes posiciones, y se han visto sobre el campo multitud de sus muertos y heridos.—Mañana, al amanecer, continúo la marcha con dirección al *Fondak*."

Durante la Campaña he aprendido á conocer la relación que hay siempre entre los sucesos y los sencillos y modestos partes del general O'Donnell.—Una batalla descrita por él de ese modo,

ha debido de ser la mayor de cuantas hemos reñido en Africa.

Nuestras pérdidas resultarán, cuando menos, dobles de las que se han averiguado en el primer momento; pues para que los Moros, en número de cincuenta mil, levanten su Campo en medio de la refriega, habrán sido necesarios de parte de nuestras tropas esfuerzos desesperados de valor...

En cambio, la lucha de anteayer era para los Marroquíes á muerte ó vida, y en ella jugaban el todo por el todo... Por consiguiente, á estas horas, ó la paz está hecha, ó *Tánger* ha caído en nuestro poder...

Dominados por tan viva ansiedad y atroz incertidumbre, salimos de Córdoba para Madrid.

.....
Madrid, 28 de Marzo.

Al pasar á media noche por la villa de Manzanares, el repique de las campanas y los gritos de júbilo de la población nos dieron la primera noticia de que la paz se había firmado..., y, una vez en Madrid, hemos leído los siguientes partes telegráficos:

"El General en Jefe del Ejército de Africa al Excmo. Sr. Ministro de Estado, Presidente interino del Consejo de Ministros:

"Campamento del *Valle de Gualdrás*, 25 de Marzo de 1860, á la una de la tarde.

"Ayer se presentaron de nuevo en mi Campamento los Comisionados de Muley-el-Abbas, portadores de una carta en que con insistencia me hablaba de sus deseos de paz y pedía que celebrásemos una entrevista para ponernos de acuerdo; accedí á ella bajo la condición de que las proposiciones que le tenía remitidas habian de ser aceptadas, y que la hora de la cita se me había de avisar antes de las seis y media de la mañana

siguiente, pues á esta hora emprendería el movimiento.

"No se hicieron esperar los Comisionados, y ya estaban batidas tiendas y las tropas en disposición de marchar, cuando me avisaron que el Califa vendría á la entrevista entre ocho y nueve de la mañana. Así tuvo lugar, y le recibí en una tienda que mandé levantar á seiscientos pasos de nuestras avanzadas."

"Campamento de Gualdrás, 25 de Marzo de 1860, á las dos de la tarde.

"Habiéndose firmado hoy los *Preliminares de la paz* y la celebración de un *armisticio*, el Ejército marcha á colocarse dentro de la línea del Puente de Buceja, que es la divisoria, y en posición de ser con facilidad y presteza asistido y racionado."

Madrid, 29 de Marzo.

No diré una palabra más en pro ni en contra de la paz ni de la guerra.—La paz está firmada.

La crítica, ó, por mejor decir, el odio y la ambición se ensangrientan en el general D. Leopoldo O'Donnell, calificando esa paz de innecesaria y deshonrosa.—La Historia le hará justicia.

Los males que amenazaban á la Patria han sido ya remediados... ¡Esto nos basta á sus buenos hijos!—Acabaré, pues, el presente *DIARIO* insertando la relación que me ha hecho un buen amigo, en discretísima y muy autorizada carta, de la gran Batalla de Gualdrás, ó Wad-Rás, del subsiguiente armisticio y de la terminación de la Guerra:

Campamento de Gualdrás, 23 de Marzo de 1860.

Sr. D. Pedro Antonio de Alarcón.

Nos dejó usted ayer dispuestos ya para la marcha, y se alejó usted con la seguridad de que hoy reuniríamos una gran

batalla, más grande todavía y sangrienta que la que tuvo lugar al frente de Tetuán el día 4 del mes pasado.

No se ha equivocado usted, amigo mío, pues en el combate, que terminó hace dos horas, los Moros han hecho el último y desesperado esfuerzo de un Ejército que defiende su país y su independencia.

Fíjese usted en la duración de la batalla, en la extensión y dificultades del terreno que era su teatro, en el número de los combatientes, en la significación y en los resultados que debe suponer la victoria, y determinará su imaginación toda la horrible grandeza del último combate.

Por complacerle, voy á intentar el describírselo á usted con todos sus pormenores, á fin de que sirva de complemento á su *DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE AFRICA*.

Según de antemano se había prevenido, á las dos de la madrugada se disparó un cañonazo en la torre de la *Alcazaba*, que era la señal acordada para que el Ejército batiera tiendas, cargase los bagajes y se preparara á emprender el movimiento en dirección al *Fondak*.

Á las cuatro y media las tropas se hallaban ya formadas en columnas, sobre el terreno de sus respectivos Campamentos; pero una densa niebla, que no permitía ver á corta distancia, obligó al General en Jefe á suspender la marcha.

Á cosa de las ocho se despejó la atmósfera, y el Sol reflejó su lumbre sobre el mar, que íbamos á perder de vista por la primera vez después de cinco meses...

Entonces se dió la orden de partir, ejecutándose desde luego el movimiento en la forma siguiente:

El general Ríos, con cinco Batallones de la segunda División de RESERVA, tres de la Vascongada, mandados por el general Latorre, y dos Escuadrones de Lanceros, se dirigió por la derecha, por el objeto de apoderarse de los montes de Samsa y seguir avanzando de una en otra posición, hasta colocarse sobre los montes que dominan la izquierda del valle de Gualdrás, que atraviesa el río Buceja.

El PRIMER CUERPO, al mando del general Echagüe, con dos Baterías de Montaña, toda la fuerza de Ingenieros y un Escuadrón de *Albuera*, formando la vanguardia del resto del Ejército, emprendió su marcha por el camino que conduce al Puente de Buceja, siguiendo por la derecha del río Jelú.

El SEGUNDO CUERPO, á las órdenes del general Prim, siguió detrás del PRIMERO con una Batería de Montaña, la de Cohetes y el segundo Regimiento montado de Artillería.

Detrás iban la Brigada de Coraceros, dos Escuadrones de Lanceros y uno de Húsares, al mando del general Gallano.

En pos de éstos caminaban el Bagaje del Cuartel General y todo el perteneciente á los CUERPOS PRIMERO y SEGUNDO.

Seguía después el TERCER CUERPO, mandado por el general Ros de Olano, con una Batería de Montaña y un Escuadrón de *Albuera*, llevando detrás su correspondiente Bagaje.

Por último, cerraba la marcha, cubriendo la retaguardia, la primera División del CUERPO DE RESERVA, á las órdenes del general Mackenna, con una Batería de Montaña y un Escuadrón de Coraceros.

La disposición de esta marcha, hábilmente adaptada á los accidentes del terreno, prevenía cualquier caso de ataque serio por el flanco derecho ó por retaguardia, mientras que por la izquierda, un suelo más despejado, con dos ríos y diferentes

arroyos que bañan el valle, hacían imposible para el enemigo la concentración y movimiento de masas capaces de interrumpir el paso de nuestras tropas.

Tampoco era de esperar que por el frente se intentase una acción de empeño hasta la llegada del Ejército á las cercanías del *Fondak*, desde cuyas formidables posiciones se creía que las fuerzas enemigas opondrían una tenaz resistencia; pero, contra este cálculo natural, á la media legua de marcha se vió empeñada la vanguardia en un vigoroso ataque por su frente, mientras que muchos tiros sueltos, de señal, resonando por toda la prolongación del flanco izquierdo del Ejército, aunque á larga distancia, nos indicaban que las kabilas y las fuerzas regulares moras, dispersas por entre los aduares y alturas próximas, trataban de reunirse para hacer más ruda y general la acometida.

Y á la verdad que era de ver cómo de todas partes, sin orden ni concierto, pero incesantemente, salían grupos numerosísimos de Arabes, ora de Infantería, ora de Caballería, atronando el aire con sus zéroces aullidos, no tanto para amedrentarnos á nosotros como para animarse ellos, corriéndose diligentes y presurosos, unos hacia la vanguardia, y otros á la orilla opuesta del río Jeld.

Su fuego, cada vez más vigoroso, hacía ya algún daño á nuestras tropas, por cuyo motivo el General en Jefe dió orden de que los diferentes Cuerpos de Ejército desplegasen sus guerrillas y protegiesen el flanco izquierdo en toda su extensa prolongación.

Esta medida no contuvo, sin embargo, á los Moros, que hoy se presentaban fieros y osados como nunca, é intentaban pasar el río para redoblar sus ataques con los refuerzos que incesantemente recibían.—Entonces se destacaron dos Batallones del SEGUNDO CUERPO, al mando del brigadier Quirós, dispuestos á rechazarlos, si no bastaba con el fuego, recurriendo á la bayoneta.

A la altura del TERCER CUERPO, el enemigo no se mostraba menos tenaz y temerario; pues habiendo logrado vadear el río por diferentes puntos, intentaba sin duda dar un golpe atrevido sobre nuestra *impedimenta*.—En vista de esto, el general Ros de Olano dispuso que todo el Bagaje se separara del camino y marchara por la derecha, protegido por algunas tropas, mientras que el general Cervino, con dos Compañías, y el brigadier Mogrovejo, seguido de otras dos, cargaba á los Moros á la bayoneta con el mayor denuedo, obligándoles á repasar el río y causándoles muchas pérdidas.

Entretanto, el grueso de nuestro Ejército, á cuya cabeza iba el General en Jefe con su Estado Mayor y Cuartel General, llegaba á la confluencia del río Jeld con el Buceja, donde el fuego estaba empeñado por el frente y la izquierda, sostenido vigorosamente por las fuerzas enemigas, que se habían acumulado en número considerable.

El Duque de Tetuán dispuso en aquel momento que el segundo Batallón del Regimiento de *Granada*, á las órdenes del ya brigadier Trillo, y un Escuadrón de la *Albuera*, vadesen el Jeld, que estaba á nuestra izquierda; operación que ejecutaron con la mayor bizarría, rechazando al enemigo á larga distancia, después de una segunda carga del Escuadrón de la *Albuera*, en que alcanzó á los Moros, mezclándose entre ellos y acuchillándoles de una manera espantosa.

Al mismo tiempo, los restantes Batallones del PRIMER CUERPO formaban en línea de columna con una Batería de Montaña, y atacaban por el frente, con el objeto de tomar una altura que podía servir de situación dominante en la lucha.—Comprendieron así también los Moros (que en este día se han batido con tanta bizarría como inteligencia), y destacaron numerosísimas fuerzas para tomar el flanco izquierdo de esta posición.

Ignorando su respectivo intento Cristianos y Marroqueses, pero coincidiendo en igual propósito, el Batallón *Cazadores de Cataluña* subió á coronar la cumbre de dicha posición, al mismo tiempo que por la opuesta ladera subían fuerzas enemigas muy superiores; pero los bravos Cazadores no cesaron un paso, y un ataque de toda la línea á la bayoneta, que ordenaron con grande oportunidad los generales García y Echagüe, y que fué secundado á la derecha por el Batallón *Cazadores de Madrid*, á las órdenes del ya general Lasaussaye y del brigadier Berrueto, dejó en nuestro poder la posición, siendo horrosos los estragos que el enemigo sufrió en su tenaz resistencia.

Puestos al fin en precipitada fuga, los Moros se dirigieron á un barranco cercano, desde el cual, apoyados en nuevos refuerzos, intentaron todavía cerrar el paso á nuestras tropas; pero avanzando entonces el SEGUNDO CUERPO, por mandato del General en Jefe, para secundar los esfuerzos del PRIMERO, se destacaron á la bayoneta los dos Batallones del Regimiento de *Castilla*, contribuyendo con su poderosa carga á que el enemigo abandonara sus nuevas posiciones y quedara despejado el terreno para la continuación de la marcha.

Los Moros, sin embargo, reforzándose con otras reservas, y aprovechándose de todos los accidentes del terreno que podían ofrecerles alguna ventaja, volvieron pronto á la pelea con desesperado ardimiento, siendo necesario que una Brigada del SEGUNDO CUERPO vadeara el río Jeld para sostener la guerrilla del PRIMER CUERPO, y que el general Prim hiciera avanzar los *Tercios Catalanes* en ayuda del ala izquierda, para contener el ímpetu del enemigo.

Los Catalanes, que tan brillante muestra dieron de su valor el día 4, aumentaron todavía más su reputación en este memorable día; pues, como un solo hombre y á la carrera, rebasaron la línea de nuestros tiradores y penetraron por entre los Moros, sembrando en sus filas la confusión, el espanto y la muerte.

Allí hubo luchas individuales; allí se torcieron las bayonetas ó se quebraron las gomas en el choque violentísimo del furor y la desesperación, hasta que la pronta llegada de otra Brigada del SEGUNDO CUERPO, al mando del brigadier Hediger, aseguró la victoria por aquel lado.

Al mismo tiempo, una nueva Brigada del propio CUERPO, capitaneada por el ya general Serrano, con una Batería de Montaña y la Sección de Cohetes, avanzó á reforzar las tropas del frente por orden del Conde de Reus, quien, en virtud de las instrucciones que le había dado el General en Jefe, hizo adelantar toda esta línea, á fin de proteger los Batallones de la izquierda, romper el centro enemigo y precipitar sus huestes sobre el Puente de Buceja.

Esta heroica operación fué coronada del éxito más brillante. El esfuerzo del Batallón de *Navarra*, mandado por el brigadier

Lacy y los felicísimos disparos de la Artillería y Cohetes, contribuyeron á este nuevo y glorioso triunfo del bravo general Prim, al cual se reunieron también en aquel instante los Escuadrones de Coraceros y las Baterías que mandaba el general Galiano.

Pasó, pues, el puente el SEGUNDO CUERPO sobre montones de cadáveres, así nuestros como Marroquíes.—Al otro lado de él existe otra llanura, en que los Moros trataron de reorganizarse; pero acosados rudamente en todas direcciones por nuestras tres Armas, viéronse en la precisión de retirarse á las formidables alturas de Gualdrás.

Comprendiendo el general Prim, á la primera ojeada, que esta ventajosa posición permitiría al enemigo rehacer sus desordenadas huestes si se le daba tiempo para ello, prosiguió denodadamente el ataque, y ocupó el primer estribo de la áspera montaña.—Los Moros, por su parte, conocieron también la importancia de aquel movimiento, y se opusieron á él con indecible furia, estableciéndose desde entonces una larga serie de encarnizados combates, en que nuestras fuerzas tuvieron que ceder algunas veces al mayor número, si bien para volver á cargar con renovado brío, ganando siempre terreno, y venciendo hasta la saciedad las numerosas pérdidas que sufrían.

Gracias á tan porfiada lucha, el Conde de Reus llegó á la proximidad de un fragoso bosque que el enemigo acababa de abandonar con el intento de rehacerse en un aduar cercano, que se hallaba situado en el extremo opuesto; y apreciando debidamente la importancia de esta posición, resolvió apoderarse también de ella. Dejó, pues, al brigadier Conde de la Cibera con dos Escuadrones al cuidado de la Artillería y en observación de la llanura, á fin de impedir todo ataque por retaguardia; y sólo con su escolta de Infantería, el Batallón de Navarra y la Compañía de Minadores, avanzó de frente, cargó repetidas veces al enemigo, lanzóle del aduar, apoderóse de éste, y entrególe á las llamas.

Rechazados los Moros de tal manera, volvieron á organizarse en un segundo aduar, mucho más elevado y de difícil acceso, desde el cual cayeron sobre nuestras tropas, conteniendo á veces nuestro movimiento de avance con feroces cargas de frente, y tratando de envolvernos por los flancos. Así es que el Conde de Reus, para tomar el segundo aduar, vióse obligado á abandonar algunas veces el terreno conquistado; pero, al fin, su soberano esfuerzo, su presencia en todas partes, sus arengas á la tropa, y el auxilio que mutuamente se prestaban los Batallones de Chiclana, Navarra, León y Toledo, y los Escuadrones de Coraceros, mandados por el brigadier Villate, lograron, no sólo sostener las posiciones adquiridas, sino apoderarse del aduar, exterminando á cuantos lo defendían, quienes por esta vez se anticiparon á pegarle fuego.

Eran las dos de la tarde, y la batalla había principiado á las nueve. Las tropas del SEGUNDO CUERPO estaban fatigadas. Hasta entonces, ellas solas habían sostenido lo más recio de la pelea, atravesando ríos, cruzando bosques, salvando desfiladeros, coronando alturas casi inaccesibles, tomando á la bayoneta riscos y aduares, peleando muchas veces entre las llamas y el humo del incendio, soportando un fuego incesante durante horas enteras, y llevando siempre encima todo su equipaje y raciones de repuesto para seis días.—¡Era cuanto

se podía exigir del esfuerzo humano! Aquellos Batallones, la Caballería que los acompañaba en tan ásperos terrenos, y el bizarro general Prim, que marchaba siempre á la cabeza de todos, deben recordar siempre con orgullo esta mañana de gloria, de afanes y de agonía.

Y, sin embargo, el combate estaba todavía muy lejos de concluir. Sólo se hallaba á punto de regularizarse.—Allí, por la derecha, combatía el general Ríos con la segunda División de RESERVA, guardando nuestra retaguardia y pugnando por rebasar el flanco izquierdo del enemigo.—En el centro, el SEGUNDO CUERPO luchaba, como he dicho, con el grueso de las huestes moras, y, entretanto, el TERCER CUERPO, á las órdenes del general Ros de Olano, que había rechazado completamente al enemigo por la izquierda en muchos y muy señalados encuentros, adelantábase hacia el Puente de Buceja en busca de nuevos adversarios.—En la vanguardia se hallaba el PRIMER CUERPO combatiendo todavía y esperando el momento del ataque general.

Por todas partes había fuego; tronaba el cañón; el incendio abrasaba los aduares de las alturas; las cargas á la bayoneta se repetían; embestían los jinetes moros en anchos remolinos; cargaban los nuestros en masas apretadas, y divisábase ya el Campamento enemigo en una retorcida garganta, donde estaba sin duda aquel temeroso paso erizado de dificultades, que debía ser hoy sepulcro, según los Moros, de todo nuestro Ejército: ¡el *Fondak!*...

Todos estaban impacientes de precipitarse por aquella horrible y misteriosa hendedura; pero este momento no había llegado; ¡El Ejército estaba desparramado, á fin de concentrar al enemigo, siempre deseoso de envolvernos, y que ocupaba por su parte una extensión de cuatro leguas, pues se había corrido al otro lado de Tetuán y combatía también en la Aduana!...

Dejo dicho que el TERCER CUERPO llegaba á la altura del Puente de Buceja en el momento en que las tropas del Conde de Reus estaban más reciamente empeñadas en el combate.—El general Ros de Olano atravesó el puente con tres Batallones de la primera División, una Brigada de la segunda, una Batería de Montaña y otra rodada.—Entretanto, el resto de sus tropas, á las órdenes de los generales Turón y Quesada, ocupaban las posiciones dominantes de la derecha, por disposición del General en Jefe, que se hallaba situado en aquel punto con su Cuartel General y Escolta, observando los movimientos de la extensa línea del enemigo y dictando sus órdenes á todo nuestro Ejército.

En el instante que las tropas del general Ros de Olano llegaban á la llanura que se encuentra al pasar el puente, una masa considerable de Caballería enemiga descendía de un cerro poco distante, con el intento, al parecer, de atacar por la espalda á las tropas del SEGUNDO CUERPO, empeñadas, como he dicho, en las alturas de Gualdrás.—Comprendiólo así el general Ros de Olano, y, á fin de prevenir aquel riesgo, cubrió todo el llano con sus Batallones en columna, y la Artillería á los costados, rompiendo desde luego un vivo y certero fuego de cañón, secundado por el de las guerrillas, que hizo avanzar á la altura conveniente.

En esta disposición se preparaba á atacar de frente á la Caballería enemiga, con el objeto de coger por retaguardia á

los Moros y decidir la lucha que sostenían con las fuerzas del general Prim en aquellas importantes posiciones, cuando recibió orden de enviar tres de sus Batallones en auxilio de las tropas del SEGUNDO CUERPO.

En cumplimiento de esta orden, destacóse el ya general Cervino con los Batallones de *Ciudad-Rodrigo*, *Baza* y *Albuera*, al paso ligero, y por el camino más recto, hacia las alturas de *Gualdrás*, sirviéndole de punto de dirección el fuego nutridísimo que se sostenía á las inmediaciones del segundo aduar. Llegado al primer estribo, recibió las instrucciones de los generales Prim y García para seguir adelante, y pocos momentos después, observando que grandes masas enemigas descendían á su encuentro, las acometió sin vacilar.

El trance era supremo, porque los Marroqueses habían logrado rebasar la línea del SEGUNDO CUERPO, extenuado de fatiga con tantas horas de desigual pelea. El general Cervino encargó al gribadier Pino que, con el Batallón de *Ciudad-Rodrigo*, operase sobre el flanco izquierdo moro, y que el brigadier Alaminos, con el de *Albuera*, dirigiese su movimiento por el lado opuesto, mientras que el mismo General atacaría el centro con el de *Baza*.

Inició en primer término esta operación el Batallón de *Ciudad-Rodrigo*.—Apenas el enemigo le vió adelantarse, se arrojó sobre él como un río que sale de madre. De todas partes brotaron Moros de á pie y á caballo. El fuego se hacía á quema ropa. Después no se empleó ya sino el arma blanca. Los Moros apelaban á las piedras. Nuestros soldados convertían en mazas sus carabinas...—¡Heróica lucha!—El Batallón de *Ciudad-Rodrigo* se cubrió allí de tanta gloria, que ninguna otra podrá jamás eclipsar sus resplandores. El ha sido el protagonista de la Batalla de *Gualdrás*. Para él son esta noche los aplausos y las alabanzas. El ha acometido una empresa de gigantes, y la ha llevado á feliz término... ¡Ay! Pero ¡á cuánta costa!

¡Su Coronel, el bizarro Sr. Cos-Gayón; diez y seis oficiales, y más de la tercera parte de los individuos de tropa, quedaron muertos ó heridos en el primer encuentro!... ¡Su amigo de usted, el capitán D. Francisco Agulló y Linares, ha sido una de las víctimas!... ¡Pero consuélale á usted que su valor rayaba en heroísmo en el momento que cerró los ojos á la vida!

Perris, Saboya, Velasco, Echaún, Puig Samper, Peña, Calderón, Correa, Pérez, Fernández, Corbalán, Romera y Apellanes, es decir, casi todos los oficiales del Batallón, cayeron también allí...—Mas ¿qué importaba? ¡Hubiérase dicho que el aliento del que caía se comunicaba centuplicado al que quedaba de pie, encargado de vengarle!—¡Sólo así se concibe que aquel puñado de valientes, capitaneados en el último momento por un denodado Comandante de Estado Mayor (el Sr. D. Pedro Esteban), no cediese nunca un palmo de terreno, cargaran siempre con redoblado furor, y lograsen hacer huir precipitadamente á la feroz muchedumbre, que poco antes había rechazado á todo un Regimiento!

Rehecho, sin embargo, el enemigo algunos instantes después con las innumerables fuerzas que volaron en su socorro desde otras posiciones más elevadas, intentó un segundo ataque sobre el invicto Batallón.—Entonces el general Cervino acudió por su parte en auxilio de aquel montón de heridos y

cadáveres que aun conservaba su bandera y se llamaba el *Batallón de Ciudad-Rodrigo*... Púsose, pues, al frente de los *Cazadores de Baza*, mandados por el coronel Novella; desplególos en batalla, y enlazándolos con los de *Ciudad-Rodrigo*, formados ya una exigua columna, se lanzó con ambos Batallones al encuentro de los Moros; contuvo el ímpetu con que bajaban; batiólos primero á tiros; cargólos después á la bayoneta; hartó á sus soldados de sangre y de matanza, y vió, por último, huir otra vez á los pertinaces Marroqueses en la más completa y atribulada dispersión.

Pero aun la terquedad del enemigo encontró manera de rehacerse más adelante y probar fortuna en la resistencia, ya que no en la acometida. Para ello se parapetó en ocultos aduares y en otras ventajosas posiciones que le ofrecía el terreno; pero los de *Baza* y *Ciudad-Rodrigo* los arrojaron también de allí, mientras que Alaminos, con los de *Albuera*, habiendo logrado coronar la altura más dominante del flanco izquierdo, estrechaba al enemigo por este lado, ligando y generalizando el ataque... de tal modo, que los Marroqueses abandonaron aquellas alturas, y, precipitándose por las laderas opuestas de los montes, tomaron el camino del *Fondak*.

Mientras esto ocurría en uno de los puntos más importantes de la Batalla, el General en Jefe, situado con el general Ros á la inmediación del Puente de Buceja, esperaba la ocasión oportuna para adelantar por el valle las fuerzas del centro, ó sea el instante en que el general Ríos (ejecutando, como se le había prevenido, un cambio á la izquierda) acabase de envolver el flanco del enemigo y de rechazarlo hacia el centro.

Este General había marchado al principio sin encontrar resistencia, avanzando por la derecha del Ejército de una en otra posición, siempre dispuesto á contener los ataques que el enemigo pudiera intentar contra este flanco. Los Moros, en efecto, desarrollaron numerosas fuerzas en la misma dirección, siguiendo su idea constante de envolver al Ejército por ambas alas; pero las tropas del general Ríos se habían anticipado á su movimiento, apoderándose de los montes de *Samsa*, y entonces aquéllos se decidieron al combate.

Nuestras tropas, movidas por el mismo deseo, no se hicieron esperar: el Batallón *Cazadores de Tarifa*, con los *Tercios de Guipúzcoa* y de *Viscaya*, al mando del general Latorre, cargaron resueltamente sobre el enemigo en el alto aduar de *Sad-dina*, hasta arrojarlo hacia el valle de *Gualdrás*.—Mas he aquí que los Moros volvieron poco después con nuevos refuerzos, y atacaron por el frente y derecha, aprovechándose de las estribaciones de Sierra Bermeja, con el intento de envolver todas las tropas del general Ríos y venir á colocarse á retaguardia del Ejército...—Entonces el general Ríos mandó al brigadier Lesca que cargase á la derecha con el Batallón de *Ballén* y el *Sexto de Marina*, apoyado por el resto de su Brigada, consiguiendo bizarramente contener al enemigo por este lado, mientras que el general Latorre verificaba igual operación por la izquierda, rechazando al enemigo, que quería interponerse entre aquellas tropas y las de la derecha del PRIMER CUERPO.

De nuevo se obstinaron los Moros en su temerario objeto, volviendo á probar fortuna con mayores fuerzas; pero un ataque general y arrojadísimo los desconcertó al fin, y les obligó á huir á la desbandada, con lo que pudo ya el general Ríos cumplir las instrucciones del General en Jefe y dirigir

el movimiento de sus tropas hacia las alturas que dominan el Puente de Buceja, formando la *segunda línea* y cubriendo la comunicación del Ejército con Tetuán; línea que completaba el general Mackenna con la División de su mando, establecida entre el pueblo y la plaza, y que prestó servicios muy importantes, pues rechazó con bravura muchos ataques al retirar el crecido número de heridos que tuvimos en la Batalla...

Llegaba ya el momento solemne que había indicado en el principio de la Batalla el General en Jefe.

Antes de empezar esta importante y decisiva operación, el Duque de Tetuán señaló á todos los Generales de los diferentes Cuerpos de Ejército el puesto que habían de ocupar; los movimientos que habían de hacer; las relaciones con que debían comunicarse, y la concentración final en que debían coincidir para caer como una inundación irresistible sobre el Campamento y Ejército enemigos...

Como el día 4 de Febrero, los movimientos se verificaron con armonía, con precisión, con regularidad; pero el terreno no era llanura, como el valle de Tetuán; era, por el contrario, el más vario, el más revuelto, el más accidentado de cuantos había visto el Ejército en toda su peregrinación. Cortado por bruscos derrumbaderos, por el Jelú, por el Buceja y por otros arroyos no siempre vadeables; sembrado de bosques; erizado de agrias montañas; poblado, en fin, de aduare, á cada paso ofrecía un escollo, una dificultad, un obstáculo que no podía estar previsto.

Pero, á Dios gracias, todavía quedaba Sol, y los cuatro Cuerpos de Ejército estaban ya concentrados.—Todo el mundo presentía que se llegaba al trance final, y nadie dudaba de la victoria...

En efecto: el General en Jefe, puesto á la cabeza de las tropas que respectivamente tenían más cerca los generales Ros de Olano, O'Donnell y Quesada, penetró atrevidamente por el centro, dominando el valle y las orillas del río Jelú en dirección del *Fondak*... ¡Bello, solemne, arrebatador era el espectáculo! Las músicas de todos los Cuerpos tocaban paso de ataque, y nuestras tropas avanzaban como á una fiesta.

El enemigo conoció que no podía resistir su empuje...—¡Lo había aprendido ya en cien derrotas!—Así fué que, mientras por el frente sostenía un vivísimo fuego, levantó á toda prisa su Campamento.—Recordaba el día de la Batalla de Tetuán, y no quería sufrir de nuevo la deshonra que sufrió entonces.—Dábase por vencido, pero trataba de salvar sus Reales.

Sin temor ya de perder su Campamento, hicieron los Marroquíes un nuevo y supremo esfuerzo de resistencia...—¡En vano!—Aquella masa densa, compacta, irresistible, que formaban nuestros Batallones, seguía su movimiento sin inmutarse, como si el enemigo no existiese...

Y, á la verdad, ya no existía. ¡Los Marroquíes tornaron á huir, y los gritos de júbilo y de victoria fueron de valle en valle, de monte en monte, de posición en posición, anunciando el magnífico resultado á todo el Ejército!

¡Oh! ¡Qué grande qué bella y qué imponente ha sido la victoria de hoy!—Nunca hemos visto tantos Moros juntos; nunca se han presentado masas tan numerosas y tan compactas; nunca han combatido con tanto valor; nunca con tanta inteligencia.—Eran, cuando menos, de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres, luchando como fieras, apareciendo en el

valle, ocultándose en el bosque, reapareciendo en la altura, defendiéndose en el aduar, vadeando los ríos, desparramándose, concentrándose, resistiendo, atacando, haciendo toda clase de esfuerzos de valor, de rabia, de astucia, hasta de heroísmo (preciso es tributaries esta justicia, por obtener la victoria que les ha negado el cielo...—Y nosotros teníamos la mitad de sus fuerzas, y luchábamos en un terreno desconocido, y verificábamos una marcha penosa, y estábamos de pie desde las dos de la madrugada, y los soldados llevaban encima todo su equipo, manta, tienda, raciones; y, así y todo, salvaban ríos, subían montes, atravesaban selvas... y el Sol de África derramaba una lluvia de fuego sobre nuestra frente.—¡Todo, todo conspiraba á engrandecer nuestro triunfo!

Pero la sangre ha corrido á torrentes de uno y otro lado.—¡Sólo los Tercios Catalanes han tenido ciento once hombres de baja, de los trescientos de que constaban!—La pérdida total del Ejército consiste en un jefe, seis oficiales y ciento treinta individuos de tropa muertos; once jefes, noventa oficiales y ochocientos cincuenta y cinco de tropa heridos; un jefe, cuatro oficiales y doscientos trece de tropa contusos.—Total. 1.311 hombres fuera de combate.

¡Descansen en paz los mártires de la Patria!—Su sangre ha sido el precio de la más grande y disputada de las victorias alcanzadas en esta Guerra. ¡Ella nos asegura nuestra entrada triunfal en *Tánger* si el Sultán no acepta las condiciones de paz que se le han impuesto! ¡Y ella no ha corrido sin que las huestes moras derramen mucha más sobre el campo de batalla!...

.....

Campamento de Gualdrás, 24 de Marzo.

Post scriptum.

Abro esta carta cuando ya iba á depositarla en la estafeta, para consignar una fausta noticia que estará llegando á España por telégrafo...

El príncipe Muley-el-Abbas vuelve á pedir la paz, someténdose á las condiciones prescritas por el Gobierno español.—Terminó, pues, la Guerra.—¡Ningún mayor encomio puede hacerse de la importancia de la Batalla de Gualdrás!

¡Bendigamos á Dios, y felicitemos á nuestra Patria!

.....

Bases de la paz.

“El Excmo. Sr. General en Jefe del Ejército de Africa, dice al Excmo. Sr. Presidente interino del Consejo de Ministros y Ministro de Estado, con fecha 25 del mes actual, desde el *Campamento de Gualdrás*, lo siguiente:

”Excmo. Sr.: Los Comisionados de Muley-el-

Abbas se presentaron ayer de nuevo en mi Campamento con una carta del Califa, en que me encarecía vivamente sus deseos de paz, y al efecto solicitaba que celebrásemos una conferencia en que pudiéramos ponernos de acuerdo y firmar los preliminares de la paz. Tenía yo dispuesto emprender un movimiento, cuyo resultado debía ser el forzar el paso del *Fondak*; y, deseoso de no retardarlo, le contesté que, si admitía el supuesto de que mis condiciones eran las mismas que ya conocía, y me avisaba la hora de nuestra entrevista antes de las seis y media de la mañana siguiente, le tendría gustoso, pero que de no avisarme á dicha hora, emprendería mi operación.

”Ya había el Ejército batido tiendas y dispúestose á emprender la marcha, cuando á toda brida llegaron los Comisionados á avisarme que Muley-el-Abbas asistiría á la entrevista sobre ocho y nueve de la mañana. Hice disponer una tienda á seiscientos pasos de mis avanzadas, para recibirlo; y, cuando se aproximó, salí á su encuentro, dejando mi Cuartel General y Escolta á trescientos pasos, y acompañado sólo de los Generales.

”En la conferencia fueron sucesivamente aceptadas todas las condiciones, con la sola modificación de ser 400.000.000 la indemnización, en vez de ser de 500.

”La insistencia con que pedía la paz; su elevada condición de Califa, y la dignidad con que soporta su desgraciada suerte, me movieron á rebajar á 400 millones la indemnización. No me pareció generoso para mi patria humillar más á un enemigo que, si se reconoce vencido, dista mucho de ser despreciable. Convinimos en celebrar una suspensión de armas á contar de este día, y nos separamos después de firmar ambos los Preliminares y el Armisticio, que remito

á V. E., originales los primeros, y en copia el segundo. Hoy emprenderé y llevaré á cabo el movimiento de entrar en mi línea divisoria.

”Lo que pongo en noticia de V. E. para que llegue á la de S. M.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Campamento de Gualdrás, 25 de Marzo de 1860.—Firmado.—LEOPOLDO O'DONNELL.”

Preliminares para la celebración de un *Tratado de Paz* que ha de poner término á la Guerra hoy existente entre España y Marruecos.

”Don Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuán, Conde de Lucena, Capitán General en Jefe del Ejército español en Africa; y Muley-el-Abbas, Califa del Imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe, autorizados debidamente por S. M. la Reina de las Españas y por S. M. el Rey de Marruecos, han convenido en las siguientes bases preliminares para la celebración del Tratado de paz que ha de poner término á la Guerra existente entre España y Marruecos:

”Artículo 1.º S. M. el Rey de Marruecos cede á S. M. la Reina de las Españas, á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra-Bullones, hasta el barranco de Anghera.

”Art. 2.º Del mismo modo, S. M. el Rey de Marruecos se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano, en Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formación de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

”Art. 3.º S. M. el Rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñón y Alhucemas, que los Plenipotenciarios de España y

Marruecos firmaron en Tetuán en 24 de Agosto del año pasado de 1859.

"Art. 4.º Como justa indemnización por los gastos de la Guerra, S. M. el Rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la Reina de las Españas la suma de 20.000.000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el Tratado de paz.

"Art. 5.º La ciudad de Tetuán, con todo el territorio que formaba el antiguo Bajalato del mismo nombre, quedará en poder de S. M. la Reina de las Españas, como garantía del cumplimiento de la obligación consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnización de Guerra. Verificado que sea éste en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio (1).

"Art. 6.º Se celebrará un Tratado de Comercio, en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nación más favorecida.

"Art. 7.º Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la Guerra actual, el Representante de España en Marruecos podrá residir en Fez ó en el punto que más convenga

(1) Sabido es que, al año siguiente de firmarse este Tratado de paz, Muley-el-Abbas vino á España á pedir á S. M. la Reina que permitiese la garantía de la ciudad de Tetuán por los rendimientos de las Aduanas marroquíes, á cuyo fin serían éstas intervenidas por empleados españoles, á lo cual accedió el Gobierno español, por cuyas resultas nuestro Ejército evacuó á Tetuán, después de padecer muchas enfermedades y privaciones durante la ocupación y haber tenido el sentimiento de ver morir del cólera al bizarro teniente general don Diego de los Ríos, que se había quedado de Gobernador de aquella Plaza.

Los Marroquíes han cumplido fielmente sus compromisos, y todos los años ingresan en el Tesoro español los rendimientos de aquellas Aduanas, quedando ya muy poco que cobrar de la enorme indemnización de Guerra que se obligó á pagarnos el Imperio.—(Nota de la segunda edición.)

para la protección de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

"Art. 8.º S. M. el Rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de Misioneros españoles como la que existe en Tánger.

"Art. 9.º S. M. la Reina de las Españas nombrará desde luego dos Plenipotenciarios para que, con otros dos que designe S. M. el Rey de Marruecos, extiendan las capitulaciones definitivas de paz. Dichos Plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuán, y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo más breve posible, que en ningún caso excederá de treinta días, á contar desde el de la fecha.

"En 25 de Marzo de 1860.—Firmado.—LEOPOLDO O'DONNELL.—Firmado.—MULEY-EL-ABBAS."

Armisticio.

"Habiéndose convenido y firmado las bases preliminares para el Tratado de paz entre España y Marruecos por D. Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuán, Capitán General en Jefe del Ejército español en Africa, y Muley-el-Abbas, Califa del Imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe, desde este día cesará toda hostilidad entre los dos Ejércitos, siendo la línea divisoria de ambos el Puente de Buceja.

"Los infrascritos darán las órdenes más terminantes á sus respectivos Ejércitos, castigando severamente á los contraventores. Muley-el-Abbas se compromete á impedir las hostilidades de las kabilas; y si en algún caso las verificasen á pesar suyo, autoriza al Ejército español á cas-

tigarlas, sin que por esto se entienda que se altera la paz.

"En 25 de Marzo de 1860.—Firmado.—LEOPOLDO O'DONNELL.—Firmado.—MULEY-EL-ABBAS."

Conclusión.

He dado cima á la ardua tarea que me impuse en Málaga hace cuatro meses, y que ha llenado desde entonces todos los momentos de mi vida. He terminado la historia de mi inolvidable peregrinación. He dado fin á este libro, empapado en mi sudor, en mis lágrimas y en mi sangre; trabajosamente compaginado en mil lugares distintos: en el mar, bajo la tienda, en medio de los campos, en la vivienda del Moro y del Judío, y alimentado, por decirlo así, con los más puros afectos de mi alma.—Natural es, por consiguiente, que, al separarme de él, al escribir sus últimas líneas, al soltar la pluma que ha trazado todas sus incorrectas páginas, experimente una solemne emoción, semejante á la que sentirá el padre que se despide por primera vez de un hijo querido.

¡Hijo mío es, hijo de mis afanes y vigili-
as, fruto de mi amor patrio y de mi afición á las Artes y á las Letras, éste mi adorado cuanto imperfecto libro, y él será siempre la obra que yo más ame de cuantas he escrito y haya de escribir!—Cada pasaje suyo me recuerda un lugar sagrado, una hora sublime, una escena grandiosa ó un amigo que me arrebató la muerte. Entre sus líneas impresas veré siempre otros renglones trazados con lápiz en lo más recio de las batallas ó de las tormentas, ó en lo más triste de mi soledad y desamparo... Su conjunto, en fin, será lo único que me quede de tanto como he

pensado, amado y sufrido en Africa, y la imagen viva de la realización de sus más bellas ilusiones.

Con lo cual me despido de ti, ¡oh bondadoso público!, que tan lisonjeramente has acogido mi pobre DIARIO, y hago aquí punto final, confiando en que el buril de la historia grabará sobre las columnas de oro del Templo de la Inmortalidad los memorables hechos que yo he apuntado en estas humildes páginas, destinadas, por su imperfección, á ser ligero pasto del olvido.

FIN